



# Honores no siempre son saberes

## {EL SONIDO DEL SILENCIO}

José Carlos Bermejo(\*)



CUANDO VEMOS COMO SE DESPLIEGA EL LARGO TEJIDO DE LA HISTORIA, podemos distinguir en él dos hilos fundamentales: el de la semejanza y el de la diferencia. Así, unas veces decimos ¡mira, eran como nosotros! y otras: ¡qué diferentes eran, o incluso qué raros!, sin darnos cuenta de que también puede ser que los raros seamos nosotros. No debemos caer en la tentación de pensar que todo fue siempre igual y de que un país, un pueblo o una institución siempre han sido una eterna repetición de sí mismos. Y si eso es cierto en general, más lo es en el caso de las universidades, porque además de poder ser un objeto de estudio también fueron la cuna de muchos estudios y conocimientos.

LAS UNIVERSIDADES SON INSTITUCIONES relativamente recientes, ya que nacieron a partir del siglo XII, y es posible que dejen de existir en el futuro, porque el conocimiento puede ser creado y transmitido —y lo es cada vez más— por otras instituciones de distinta naturaleza. Las universidades no son como los libros, que cuanto más viejos mejores son. Su antigüedad no es garantía de calidad, pues grandes universidades del pasado o bien han desaparecido o entrado en decadencia y algunas de las mejores del mundo no llegan a cumplir los tres siglos.

EN LA HISTORIA DE LAS UNIVERSIDADES HAY continuidad y discontinuidad, semejanzas y diferencias. Las universidades, por ejemplo, casi siempre fueron la cuna de las profesiones privilegiadas, como las relacionadas con el derecho o la religión, y más tarde la

medicina. Y por eso sus títulos, concebidos muchas veces a imagen y semejanza de los títulos nobiliarios, debían contar con la venia de papas o reyes, para tener validez. Las universidades han sido la cuna de la distinción social hasta hace muy poco, y por eso casi siempre sus miembros fueron muy conscientes de su posición privilegiada e intentaron diferenciarse de las gentes corrientes con sus signos, usos y rituales.

EN LAS UNIVERSIDADES DEL PASADO PROFESORES y estudiantes fueron a veces semejantes a sus equivalentes actuales, pero otros no lo fueron tanto. Tenemos, por ejemplo, desde los acontecimientos del 68 del pasado siglo y los años finales del franquismo, la imagen de que los estudiantes, por ser jóvenes, son de naturaleza inconformista, e incluso revolucionaria. No en vano los lemas del 68 decían: "obreros y estudiantes la misma lucha". Pero esa imagen no se corresponde con el pasado europeo en el que los estudiantes eran conscientes de su origen, o al menos su futuro, privilegiados. Su imagen estaba asociada a la vitalidad desarrollada en la taberna, en las algaradas y en el duelo. Todas las universidades tenían una cárcel propia para castigar a sus estudiantes en lo que no fuesen delitos de sangre. Y la imagen de los estudiantes podía ser como la del estudiante Campuzano, del que dijo Cervantes: "Maestro era de esgrima Campuzano/ de espada y daga diestra a maravilla./ rebanaba narices en Castilla./ y siempre le quedaba el brazo sano". Y es que los estudiantes llevaban armas, como Campuzano; y K. Marx o el gran sociólogo alemán Max Weber participaron durante su vida estudiantil en algún que otro duelo. En su época una discreta cicatriz fruto de un lance aumentada el atractivo masculino. Las universidades del nazismo resucitaron la institución del duelo, que había sido prohibido. Eso hizo nada más ni nada menos, que el filósofo Martin Heidegger, que



Catedral de Salamanca, lugar en el que se llevaban a cabo las ceremonias de doctorado

creía como tantos otros que la formación universitaria y militar eran dos caras de la misma moneda.

LA MÁS GRANDE DE LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS FUE LA DE Salamanca, en la que fue profesor nuestro Fonseca. Fue la única que atrajo alumnos de toda España en las edades Media y Moderna. En ella había estudiantes muy ricos, que vivían en sus cuatro colegios mayores, a veces por más de veinte años o casi toda su vida, y que desde ellos controlaban puestos, cátedras y toda clase de destinos privilegiados. Pero junto a ellos vivían los estudiantes más pobres de los colegios menores, o los que vivían en pensiones, como la que nos describió Quevedo, regentada por don Quijote, regentada por don Quijote. E incluso había estudiantes que acudían a comer a los conventos la sopa de los pobres y que por eso eran llamados sopistas. Pero todos ellos compartían los mismos valores y aspiraban a lograr sus títulos, el más preciado de los cuales era el de Doctor, obtenido gracias a una disertación defendida en público y a una costosísima ceremonia.

LAS TESIS DOCTORALES DEL PASADO POCO TIENEN QUE VER CON LAS actuales, pues muchas veces no eran más que ejercicios de erudición y pedantería, como algunos de nuestros papers con los que se consiguen los honores digitales de la ci-

ta de prestigio. En el siglo XVIII el padre Feijoo citaba tesis ridículas, como la del teólogo que demostraba que tener cinco dedos en cada mano era mejor que tener cuatro o seis y que ello era prueba de la bondad de Dios. O la del médico que se planteó si sería más sano cortarse primero las uñas de la mano derecha o de la izquierda. Esto nos recuerda a los artículos publicados en revistas de prestigio premiados en Harvard cada año con los premios Ig Noble por ser estúpidos y eminentes a la vez, como los que versaron sobre el efecto espermicida de la Coca Cola, o la longitud media del salto de las pulgas, entre otras cosas. Vamos a describir el ceremonial del doctorado en la Universidad de Salamanca, para ver qué hay de común entre nosotros y nuestros académicos antepasados.

EN EL CASO DEL DOCTORADO EN DERECHO EL ACTO TENÍA LUGAR EN LA catedral, engalanada con tapices, sobre un tablado instalado por el Cabildo. Llegaban allí los doctores con sus capirotos y borlas escoltados por maceeros, los letrados de la ciudad y un paje que llevaba el birrete del candidato. Los presidía a todos el maestrescuela, sentándose a su derecha el rector y a la izquierda el padrino. A la cabeza de la comitiva iba un estudiante a caballo, acompañado por trompetas y tambores, quienes iban repartiendo el resumen de la tesis. A caballo llegaba el

doctorando, que debía llevar espada en su montura, adornada con gualdrapas, y tras ellos iban mercaderes, artesanos y curiosos varios. El coste de la ceremonia era carísimo hasta el siglo XVIII, porque todos los asistentes recibían una propina del doctorando en dinero, junto con un par de guantes.

LA TARDE ANTERIOR AL ACTO ACUDÍAN A CABALLO A CASA DEL DOCTORANDO el rector y todos los doctores acompañados por una banda. Allí cenaban y allí a la mañana siguiente se repartían dulces a todos los que iban a participar en la comitiva doctoral. Cuando esta llegaba a la Catedral tenía lugar el vejamen, una burla del candidato, que era a veces muy sangrienta verbalmente, pero a pesar de ello siguió haciéndose en todas las universidades. El cardenal Cisneros no se atrevió a suprimirla en Alcalá, por ejemplo.

UNA VEZ APOSENTADO EN LA CATEDRAL EL PÚBLICO, DEL QUE FORMABAN parte los estudiantes y damas y señores de la ciudad, y una vez depositadas las insignias de la universidad en la mesa presidencial por diez niños vestidos de traje académico, el candidato, a la señal del bastón del bedel, iniciaba una exposición de tres a cuatro horas de duración sobre su tesis, que era el equivalente de un artículo o lección actuales, y no de un libro. Comenzaba con las palabras: "En el prin-

cipio era el Verbo", y acababa diciendo: "y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". Durante el acto el bedel daba a los doctores dos monedas de oro y un par de guantes, a costa del doctorando, quien además debía enviarles a su casa dos libras de azúcar, cuatro velas y seis gallinas por barba.

REMATADO EL ACTO EL DOCTORANDO TENÍA QUE SUFRAGAR UNA CORRIDA de toros, a la que asistía toda la universidad y en la que se lanzaban al aire confituras y monedas, también a su costa, quedando luego invitados a cenar los doctores examinadores el menú siguiente: 2 ensaladas, 2 huevos, un pollo, una libra de ternera, media de salmón, dos y media de pesca de río, postres y huevo hilado, teniendo el padrino, el veedor y el cancelario ración doble de todo. A mayores debía pagar 44 reales al rector, 75 al sacristán de la catedral, e invitar a cenar al campanero y a numerosos sirvientes. Si alguno no quisiese cenar se le invitaba a tomar chocolate y dulces. Estos gastos eran tan exorbitantes que la universidad decidió que se pudiesen hacer varios doctorados a la vez, y en diferentes claustros fue limitando los pagos, comidas y regalos.

PUEDEN PARECERNOS UN POCO EXAGERADO, ADEMÁS DE INDIGESTO, ESTE RITUAL, pero no tenemos derecho a considerarlo ridículo, pues al fin y al cabo lo que en él se compraba era el honor y el rango académicos. Nosotros tenemos otras formas de exhibir nuestros honores y rangos académicos. Son menos teatrales y más digestivas, pero igual, o más, de costosas a nivel personal. Su fin es poder integrarse en un mundo muy similar a este: el de una universidad formada por quienes se creen superiores y acreedores de más derechos y quienes confunden honores con saberes y espectáculo con realidad.

(\*) El autor es catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Santiago de Compostela